

# **ENANOS Y GIGANTES**

**HERNÁN DEL SOLAR**

**PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1968**

**ILUSTRACIONES THOMAS GERBER**





## **Camino de la montaña**

En un tiempo que nadie sabe con exactitud cuándo fue, y que los buenos historiadores calculan con apreciables diferencias, vivía en el flanco de una montaña cierto pueblo de enanos trabajadores e inteligentes. Las casas eran pequeñas, de techo rojo, ventanas verdes y puertas con aldaba de bronce. Tenían el aspecto de palomares. Algunas -las más ricas- poseían veletas hermosas: una flor de cuatro pétalos, uno para cada viento del mundo.

Era agradable, a mediodía y al atardecer, mirar cómo de todos los hogares -los suntuosos y los humildes- subía al cielo un fino penacho de humo. Alrededor volaban unos pájaros diminutos, cantando canciones que parecían voces de flautas.

El pueblo de los enanos era tranquilo. Poseía un jefe, Motóla, llamado el grande entre los suyos. Esto no quería decir que Motóla fuese más alto que los demás enanos de su especie. Su grandeza consistía en una siempre demostrada bondad del corazón y una aguda actividad de su inteligencia. Cuando se producía alguna dificultad entre los enanos, Motóla examinaba el caso con detenimiento y después juzgaba de acuerdo con su sabiduría, dejando satisfechos a inocentes y culpables: a los primeros, porque les protegía la inocencia; a los segundos, porque les obligaba a reconocer su culpa y les daba el deseo de enmendarse, sin que les quedara en el alma el más leve asomo de rencor.

Los enanos vestían como siempre han vestido los enanos, con una elegancia pintoresca que no puede

olvidar quien la ha visto. Un gorro blanco, con una borla roja, les protegía la cabeza. Una casaca azul, de mangas anchas con botones dorados, les daba cierta esbeltez indiscutible. Las medias rojas no necesitaban ser muy grandes para cubrirles las piernas del tamaño de un dedo de hombre. Los puntiagudos zapatos les

El pueblo de los enanos era tranquilo. Poseía un jefe, Motóla, llamado el grande entre los suyos. Esto no quería decir que Motóla fuese más alto que los demás enanos de su especie. Su grandeza consistía en una siempre demostrada bondad del corazón y una aguda actividad de su inteligencia. Cuando se producía alguna dificultad entre los enanos, Motóla examinaba el caso con detenimiento y después juzgaba de acuerdo con su sabiduría, dejando satisfechos a inocentes y culpables: a los primeros, porque les protegía la inocencia; a los segundos, porque les obligaba a reconocer su culpa y les daba el deseo de enmendarse, sin que les quedara en el alma el más leve asomo de rencor.

Los enanos vestían como siempre han vestido los enanos, con una elegancia pintoresca que no puede olvidar quien la ha visto. Un gorro blanco, con una borla roja, les protegía la cabeza. Una casaca azul, de mangas anchas con botones dorados, les daba cierta esbeltez indiscutible. Las medias rojas no necesitaban ser muy grandes para cubrirles las piernas del tamaño de un dedo de hombre. Los puntiagudos zapatos les



permitían afirmarse bien en la tierra. Algunos enanos solían colocarse cascabeles en la cintura; pero esto era una extravagancia que únicamente algunos jóvenes presumidos se atrevían a lucir. En realidad, los enanos eran silenciosos y todo ruido, al caminar, les disgustaba.

No es de extrañar, pues, amigos del silencio como eran, que una mañana amanecieran todos

sumamente intranquilos. Algo -no sabían qué-estremecía el suelo, sonando con ritmo sordo. Se abrieron ventanas y puertas y asomaron por todas partes las cabezas de los enanos, fruncido el ceño, arrugada la nariz, los ojos llenos de interrogaciones. ¿Qué ruido era aquél? Nunca se había escuchado uno parecido.

Como en todos los casos difíciles, el campanero se colgó de las cuerdas de una gran campana que había al centro del pueblo, y tocó pausadamente durante unos minutos. La campana llamaba a reunión. Los enanos acudieron de prisa a la bella plaza en que se celebraban siempre todas las ceremonias, tanto las alegres como las que dejaban en el recuerdo una pequeña o gran tristeza.

En la plaza había una alta silla de piedra, a la que se subía por diez peldaños. Esta silla era el asiento de Motóla, el jefe. Ninguna reunión comenzaba hasta que Motóla, en lo alto de su sitial, agitaba hacia los cuatro vientos un bastón de oro. Entonces se producía un profundo silencio. Todos alargaban el cuello, con ansiosa atención. Y Motóla,

indudablemente, era el primero en tomar la palabra.

Ahora dijo Motóla:

-Se oye un ruido que desconocemos. Conviene averiguar su origen y naturaleza. Ofrezco la palabra.

Se miraron los enanos, espiándose unos a otros. ¿Quién se sentiría capaz de hablar siquiera un par de segundos acerca de aquel ruido insospechado, imprevisto, que parecía el latido de un corazón tremendo?

-Ofrezco la palabra -repitió Motóla, sonriendo para darles ánimo.

-Ese ruido es el del corazón de la montaña, que está latiendo para anunciarnos algo que no podemos adivinar -dijo una enana vieja, siempre amiga de dar su parecer, no pocas veces acertado.

-¿Estás segura de que es el corazón de la montaña? -preguntó Motóla.

-No lo creo -dijo un enano joven, que estaba estudiando ciencias exactas-. Si fuera el corazón de la montaña el que late, lo sentiríamos siempre

en un mismo lugar; pero yo tengo la impresión de que el ruido cambia. Y hasta me atrevo a asegurar que viene acercándose a la montaña, desde el llano. Ahora bien: la naturaleza del ruido la desconozco. Su origen me parece un gran misterio. Sería cosa de acercarse a él, para conocerle, en vez de quedarnos lejos, conjeturando cada cual a su manera.

-Hablas con sabiduría -murmuró Motóla-. Es indiscutible que debemos acercarnos al ruido, para tratar de saber de dónde parte. Esto será el punto de partida de nuevas investigaciones, que nos conducirán al conocimiento del ruido. Pero creo que, de todos modos, podemos intentar su definición desde estos mismos instantes, para compararla después con definiciones más seguras. Es un ejercicio mental que siempre nos ha agradado. Callemos, pues, un momento, y escuchemos el ruido. Luego volveré a ofrecer la palabra.

En medio de un hondo silencio, se oyó el sonido rítmico, pausado, sordo. Pam-pam. Pam-pam. Pam-pam.

-Ofrezco la palabra -dijo Motóla.

-Es un tambor tocado por un ser inmensamente más grande que nosotros -dijo la vieja.

-Creo que comienzas a acercarte a la verdad -declaró Motóla.

-No es tambor -dijo el sabio joven-. Y para atreverme a asegurarlo, me apoyo en la siguiente experiencia: oigo el ruido cuando apego el oído a la tierra. Si fuese un tambor, el sonido lo percibiría mejor manteniendo erguida la cabeza.

-Creo que has dado un paso más hacia la verdad -dijo Motóla-. Creo, como tú, que no se trata de un tambor. Lo que sucede es que alguien viene hacia la montaña.

Esta declaración de Motóla provocó un bullicio ensordecedor, hecho de todos los agudos chillidos de las enanas. Se estremecían de miedo al pensar que alguien podía acercarse tan sonoramente,

haciendo retumbar la tierra, al pueblo en que eran felices.

-Lo que oímos son pasos -dijo Motóla, cuando las enanas callaron-. Y si medimos la estatura del forastero por el sonido que sus pasos producen, no cabe la menor duda de que es un gigante el que se acerca.

Nuevamente hubo gran estrépito de voces atemorizadas. ¿Un gigante en dirección al pueblo de los enanos? ¡Qué catástrofe! Nunca se había imaginado nadie una calamidad mayor. ¿No eran los gigantes, tradicionalmente, enemigos de los enanos? ¿No corrían de boca en boca, en las noches de invierno y en las tardes de verano, lo mismo que en las mañanas de primavera o de otoño, terribles historias de gigantes que se comían crudos a los enanos donde los encontraban? ¡ Ay, ay, ay! Venía el fin de la felicidad. Se acababa para siempre la dicha. En adelante, todo sería ruina y desolación.

-Nunca hemos visto un gigante -dijo Moto-la-. Somos un pueblo sedentario, que en esta montaña

tiene su afán de cada día, y jamás hemos ido más allá del río que corta en dos la llanura. Nada sabemos de lo que existe al otro lado. A los gigantes los conocemos a través de los libros que están en nuestras bibliotecas. Y me parece que conocerlos ahora va a ser una dolorosa experiencia. Sin embargo, no debemos desmayar. Mantengamos puro y libre nuestro valor. Volvamos a nuestros quehaceres y esperemos.

-Muy sabias son tus palabras, Motóla -dijo el sabio joven-; pero me atrevo a pedirte que no esperemos que los acontecimientos vengan a nosotros. ¿Por qué no vamos al encuentro de los acontecimientos? Tal vez sea más ventajoso para nuestro pueblo, ¿no lo crees así?

-Esperaba que me dijeras lo que acabas de decirme -declaró Motóla- y soy de tu parecer. Me acompañarás a la cima de la montaña y desde allí examinaremos con nuestros anteojos las vastísimas tierras que nos rodean. Los demás se quedarán en la montaña y continuarán sus trabajos habituales, como si no ocurriera nada. Cuando

nosotros regresemos, otra vez volveremos a reunimos en esta plaza y decidiremos nuestra conducta.

Dicho esto, el jefe le hizo una breve señal al campanero, que tocó tres veces su sonora campana, indicándoles así a los enanos que debían retirarse.

Se marcharon todos. Las enanas tenían enrojecidos los ojos, de llorar en silencio. Los enanos las consolaban. Y el rumor de los pasos seguía oyéndose, más y más cerca.

-Voy en busca de mis anteojos y enseguida partimos -dijo Motóla al sabio joven.

-Me siento profundamente conmovido -murmuró el muchacho-. Ésta es la aventura más importante de mi vida. ¡Qué de conocimientos podré extraer de ella!

Y el corazón del joven sabio latía a compás de los grandes pasos del gigante desconocido.

## La gigante

Con una admirable voluntad, el pueblo de los enanos se entregó a sus quehaceres acostumbrados, sin dejarse vencer por la inquietud que producía aquel ruido, la peor amenaza tal vez de cuantas se conocieran hasta entonces.

Las mujeres se fueron a ordeñar las vacas. Los niños condujeron a las ovejas a los lugares en que pastaban. Los hombres desempeñaron sus múltiples labores. Y como si todos se hubiesen puesto de acuerdo de antemano, nadie habló de gigantes ni de peligros de ninguna especie, aunque todos tenían en el corazón el araño del miedo.

Motóla y su amigo Tasla, el joven sabio, trepaban entretanto la montaña para ver desde su cima a aquel que se aproximaba despreocupadamente. Al

principio no se hablaron, pero luego Motóla comenzó a decir:

-Desde que era niño me interesaron los gigantes. Cuando mi conducta se echaba a perder, cosa que ocurría de vez en vez, aunque nunca en forma demasiado condenable, me decían con voz enojada: "Sigue así y ya verás cómo viene un gigante y te lleva en su saco". De este modo, me acostumbré a temerles a los gigantes y a pensar en ellos cuando oscurecía. Más tarde, ya de muchacho, leí algunos libros en que descomunales gigantes alargaban, en la noche, sus grandes brazos para cambiar de sitio a las estrellas cada vez que se les antojaba. Me divertían esas mentiras, y confieso que más de una noche deseé con toda mi alma ser gigante, para alcanzar ciertos astros que me parecían particularmente hermosos. Me hubiera gustado colgarlos frente a mi ventana. Pero la verdad es que nunca he visto un gigante y hasta llegué a pensar, un tiempo, que no existen. Ahora vuelvo a pensar en ellos y tengo una curiosidad verdaderamente infantil de verles y

hablarles. Recuerdo que se les describe con grandes barbas y unas voces terribles como truenos. A juzgar por los pasos que escuchamos, no me cabe la menor duda de que son como solía verles en sueño, cuando niño, en las noches de insomnio y de terror.

-Yo no me atrevo a formarme una imagen de ellos hasta después de mirarlos -dijo Tasla-. Nunca me ha gustado dejarme llevar por la fantasía. Y créeme, Motóla, que cuando pienso en el tamaño de los gigantes no me lo imagino con claridad.

-Son mucho más altos que los árboles -declaró Motóla-. Sus pies y sus manos son más o menos del porte nuestro. En todo caso, pronto lo sabremos y no vale la pena anticiparse.

-Nunca vale la pena anticiparse, Motóla. Para conocer algo, primero hay que verlo, después hay que medirlo y pesarlo. Estas operaciones son indispensables para no caer en el error.

Charlando de esta manera mientras ascendían la montaña, no tardaron en llegar a la cumbre. Había allí tres pinos, extendidas sus ramas hacia todos

lados. Entre ellos, Motóla había hecho construir un banco de piedra, pues a menudo llegaba hasta este lugar y se pasaba horas contemplando la llanura.

Sentados en el banco, apenas miraron hacia abajo vieron a un ser muy alto, muy alto, que avanzaba con lentitud, como un extraordinario vagabundo que sale de paseo. Motóla sacó de uno de sus bolsillos los anteojos de larga vista y enfocó cuidadosamente a la figura que avanzaba. Estuvo mirándola largo rato. Tasla permanecía en silencio.

-No es un gigante -dijo Motóla de pronto.

-¿Y qué es entonces? -preguntó Tasla-. Por su tamaño, a mí me parece que es un gigante.

-No, Tasla. Es una giganta.

Y le tendió los anteojos al joven sabio. Mientras éste miraba, Motóla decía:

-No es un gigante porque no tiene barbas. Es una giganta porque su cabellera vuela en el viento, mucho más larga que la de los gigantes. Además, su cuerpo no es terrible. Me parece bello, aunque demasiado extenso, claro está. Y, si te fijas bien,

lleva en la cabeza una flor desconocida, muy grande. Ese adorno es de gigantes.

-Creo como tú -murmuró Tasla, por fin-. Es una gigante. Y me atrevo a pensar que después de conocerla no nos va a ser difícil saber, aproximadamente, cómo son los gigantes. Desde luego, la estatura debe ser un poco mayor.

-¿La crees mayor que la de esta gigante? ¡Hombre! No seas loco, Tasla. Más altura es inconcebible. ¿O quieres que los gigantes no puedan caminar sin darles a cada rato cabezazos a las nubes?

La contemplación de la gigante les había hecho olvidar sus inquietudes. El espectáculo les interesaba profundamente. Una gigante, transitando por una llanura, es algo que a cualquiera embruja de un modo todopoderoso.

La gigante, sin preocuparse de nada ni de nadie, sintiéndose perfectamente sola en aquellos lugares, avanzaba con paso siempre igual y ya estaba tan cerca que no había necesidad alguna de mirarla con anteojos. Claro está que era mucho

más alta que un árbol. De uno de sus hombros colgaban dos grandes ciervos, recién cazados. Llevaba a la espalda un arco. En la cintura, un puñal de empuñadura de marfil, y un morral no colmado. De repente empezó a silbar y el ruido de su silbato, trepando por la montaña, agitó las pequeñas barbas de Motóla.

-Esa es una canción desconocida para nosotros -dijo Tasla.

-A mí me da la impresión de ser el comienzo de un huracán -murmuró Motóla.

Y no dijeron más, porque la gigante seguía avanzando y ya estaba al pie de la montaña. Entonces se detuvo. Miró a uno y otro lado y decidió sentarse. Era tan alta, tan alta, que su cabeza llegaba a una distancia no muy grande de los pies de los enanos.

La gigante depositó los ciervos en el suelo, puso el arco, con sus flechas, junto a ella, en la hierba, y se tendió a reposar. Parecía contenta. De cara al cielo, cerrados los ojos, tenía el aspecto de una estatua sobrenatural caída y olvidada.

-Va a dormir -dijo Tasla-. Ha caminado mucho y tiene sueño. Podremos examinarla sin cuidado.

La miraron largamente con los anteojos. Sus rasgos eran perfectos, ajuicio de los enanos. Su respiración tranquila hacía ondular su pecho como un ancho río.

-Es bella -dijo Tasla- ¿Qué idioma hablará? Me gustaría intentar una conversación.

-Tendríamos que bajar -murmuró Motóla-. Creo que es peligroso.

-Me atrevo a asegurar que no lo es -dijo Tas-la-. He estudiado a menudo el significado de las arrugas de la frente, y no veo entre los ojos de la gigante esos surcos reveladores de la ira. Puede ser muy alta, muy alta, Motóla, y no por eso ser rabiosa. Hasta me atrevo a anticipar que su carácter es bondadoso.

-No te acostumbres a anticipar nada -dijo Motóla-. Prefiero que la miremos desde aquí y que no tratemos de hablar con ella.

-Vamos a perder una ocasión única -murmuró Tasla-. Si tú me lo permites, Motóla, yo bajo hasta

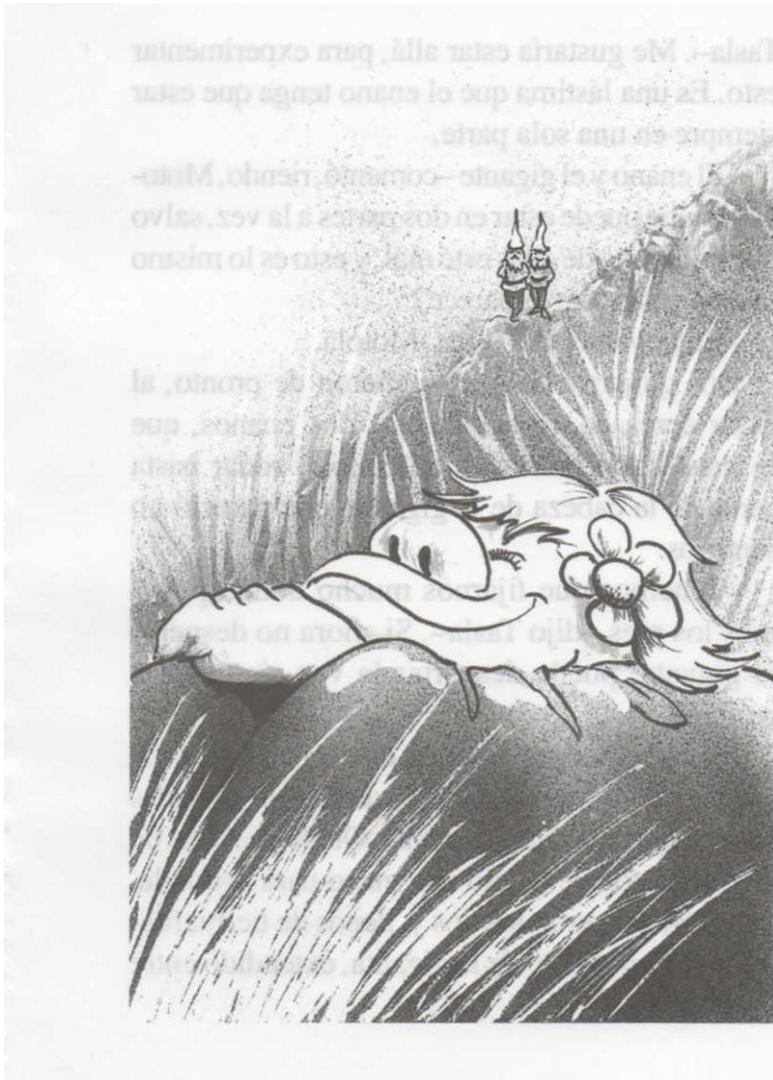
ella y en seguida vuelvo a subir. No me lo impidas. Esta excursión es, para mí, un viaje de estudio.

-Si tú bajas, yo bajo también. Es mejor que estemos juntos, por si es necesario ayudarse, Tasla.

-Bajemos, entonces.

La montaña descendía, de este lado, en más empinada pendiente. Tuvieron, pues, que dar pasos muy cortos, y a menudo se vieron obligados a cogerse de alguna mata para no rodar cuesta abajo y caer, muy inoportunamente, encima de la cara de la gigante adormecida.

-Ahora que nuestra gente no oye el ruido de los pasos, ¡qué silencio debe sentir! -murmuró



Tasla-. Me gustaría estar allá, para experimentar esto. Es una lástima que el enano tenga que estar siempre en una sola parte.

-El enano y el gigante -comentó, riendo, Moto-la-. Nadie puede estar en dos partes a la vez,

salvo que en alguna de ellas esté mal, y esto es lo mismo que no estar, ¿no te parece?

-Efectivamente. Así es, Motóla.

Dos guijarros se desprendieron de pronto, al pasar cerca de un agujero los dos enanos, que se detuvieron asustados mirándoles rodar hasta cerca de la cabeza de la gigante, que pareció no sentirlos.

-Tenemos que fijarnos mucho dónde ponemos los pies -dijo Tasla-. Si ahora no despertó la gigante, puede despertar la vez siguiente e irritarse.

No bien terminó de decir esto, cuando colocó su pie izquierdo en un puñado de hierbas mojadas de rocío y resbaló rápidamente. Quiso aferrarse de algo y Motóla le tendió una mano para ayudarle. Fue fatal. Cayeron los dos y, llenos de tierra, fueron a dar en el pelo de la gigante, extendido entre las hierbas.

Aquello fue como caer en un bosque. Dejaron de verse.

-¿Estás ahí? -gritó Tasla, amedrentado.

-Aquí estoy -respondió Motóla, tratando de tranquilizarle.

Entonces la gigante abrió los ojos. Sintió que algo le caminaba por el pelo. Exactamente lo mismo que cuando a nosotros se nos para una mosca en la cabeza y echa a andar después como si se encontrara en suelo propio.

-¡Quieto! -dijo Motóla-. ¡Ha despertado!

La gigante abrió los ojos definitivamente y alzó una mano. Uno de sus dedos se metió entre sus cabellos. Y Motóla quedó montado encima, sin poderlo remediar.

-¡Estoy perdido! -suspiró Motóla.

Tasla quiso ayudarle y, apartando los pelos como apartan los exploradores las altas hierbas de los bosques impenetrables, salió a la frente. La gigante alargó su otra mano. Tasla se montó en el dedo y cerró los ojos para no marearse, pues repentinamente se encontró a una gran altura.

La gigante, sentada en el suelo, puso ambos dedos delante de sus ojos. Para los enanos fue como hallarse frente a dos inmensos túneles oscuros. Y

-cosa inesperada- la gigante sonrió. Una ancha, magnífica sonrisa, que dejó ver todos los dientes, muy blancos, del tamaño -cada uno- de una casa de enano, al otro lado de la montaña.

-¡Por fin veo enanos! -dijo la gigante con una alegría verdaderamente infantil-. ¡Qué chiquitos! ¡Qué hermosos!

Los enanos no entendieron una sola palabra, no porque el idioma fuese incomprensible, sino porque la voz sonaba tan fuerte, tan espantosamente fuerte, que hacía vibrar los oídos como si junto a ellos se tocara un tambor muy ronco.

-¡Me los llevo! -exclamó la gigante.

Y cuando bajó la mano para meter a Tasla en el morral, el enano dio el salto más aventurado de su vida y se metió corriendo por entre las hierbas. Motóla no tuvo la misma suerte y se sintió caer en el morral como quien cae cerro abajo. La oscuridad era completa. Se sentó al fondo y quiso pensar. Pero su emoción era tan grande que todos los pensamientos huía de su cabeza, como las

abejas cuando salen de la colmena zumbando,  
ebrias de aire.

## **El pueblo de los enanos está de duelo**

No le fue difícil a Tasla ocultarse entre las hierbas, deslizarse por los tallos y aferrarse de las hojas. Sus movimientos eran rápidos y precisos. Sentía que la mano de la gigante lo buscaba afanosamente, restregando la tierra en torno suyo. Y el sonido que hacía la mano era como el de una enorme serpiente que resbala de prisa.

Cuando creyó estar seguro de hallarse momentáneamente fuera de peligro, se detuvo a recobrar el aliento. Tendido detrás de una piedra, respiró a pleno pulmón. Unas gotitas de sudor corrían por su frente, bajaban por sus mejillas. Su cansancio era grande. Además, sentía dolor en un tobillo. Seguramente se lo había lastimado al saltar desde el dedo de la gigante.

Poco a poco estiró el cuello, para mirar por encima de la piedra. Y vio a la gigante que todavía

hurgaba entre la hierba, buscándole. No se movió. El corazón le latía dolorosamente.

La gigante abrió el morral y miró hacia adentro. Tasla la vio sonreír y luego la oyó cantar. Mientras se levantaba, volvía a echar los dos grandes ciervos sobre uno de sus hombros, cogía su arco y emprendía la marcha. Volvieron a sonar sus pasos tremendos. Tasla sintió una tristeza profunda. Su amigo, su jefe, el gran Motóla, se iba acaso para siempre, metido en el morral de la gigante.

-¡Que nuestros dioses te protejan! -murmuró Tasla-. Yo debí acompañarte, compartir tu ignorado destino; pero he sido un cobarde, Motóla. ¡Perdóname!

Y el infortunado Tasla, agobiado por la pena y la fatiga, comenzó a trepar la montaña tan velozmente como sus pobres piernas se lo permitían. De vez en cuando lanzaba unos suspiros tan grandes que le sacudían de pies a cabeza y casi le derribaban.

Llegó a la cumbre después de sostenidos esfuerzos. Se paró a mirar. La gigante se alejaba a

pasos largos, inconcebiblemente largos, y las cabezas de los dos ciervos muertos se mecían con brusco vaivén.

Tasla no quiso continuar allí. Necesitaba reunir a su pueblo y confesar su falta. Se sentía culpable y pediría que se formara un tribunal para juzgarle. Debían condenarle a muerte. Había visto apresar a Motóla y no había hecho nada para ayudarle a huir.

Cuando miró, desde lo alto, su pueblo tranquilo, las tierras cultivadas, las casitas de hermosa apariencia, el corazón se le apretó como un puño desesperado. Era terrible sentir que les llevaba a los suyos una mala noticia, una de esas desgraciadas noticias que acongojan de modo insoportable.

Corrió cuesta abajo. Quería presentarse cuanto antes frente a los suyos, para compartir con ellos su pesar y hacerlo, de este modo, más llevadero. Mientras corría, unos pájaros blancos le siguieron, volando por encima de su cabeza. Esto le consoló. Ya no estaba tan solo.

La gente de su pueblo se encontraba en sus cotidianos quehaceres. Pudo llegar hasta la campana sin ser visto, y como el campanero no se hallaba en su sitio -tal vez había ido al pozo en busca de agua- se amarró las cuerdas a la cintura y comenzó a tocar la sonora campana como nunca había sido tocada desde los más antiguos tiempos.

-Blam... Blam... Blam,blam,blam... Blam... Blam...

Todos levantaron la cabeza y dejaron la tarea en que estaban empeñados. El tañido de la campana era lúgubre. El cielo se llenaba de sonidos desconsolados. Se sentía en el aire el viento de la desgracia.

Echaron a correr hacia la plaza, con precipitación inaudita. Las enanas tenían anticipadamente llenos de lágrimas los ojos. Los enanos apretaban los dientes y se decían en secreto que era imprescindible mostrar valor en las negras horas de la desventura.

Tasla tocó la campana hasta que la plaza estuvo repleta. Entonces se descolgó de las cuerdas y,

respirando con dificultad, se dirigió hasta el sitio en que Motóla presidía siempre las gozosas o las tristes ceremonias.

El silencio era extraordinario. Una vaca enana mugió lejos, y su mugido fue como el tronar de una trompeta exasperada.

-¡Habla! -dijo la vieja que siempre era la primera en hablar-. Queremos oírte, Tasla. ¿Qué ha sucedido?

-Pido a mi pueblo que me perdone -gimió Tasla con voz poderosa y trémula-. Soy culpable y merezco la muerte. Lo que ha ocurrido es la peor desgracia que recuerda nuestra historia. Me siento tan desconsolado que todas las ideas se me escapan y sólo me siento capaz de llorar hasta no tener más lágrimas.

-¡Habla, habla! -gritó la vieja-. Queremos saber dónde está Motóla. ¿Por qué no ha vuelto contigo?

Tasla hizo una pausa que a todos les pareció interminable. Seguramente trataba de serenarse un poco para ordenar sus ideas antes de hablar y ser comprendido.

-No voy a comenzar por el fin sino por el principio -declaró con voz siempre vibrante y siempre acongojada-. Es necesario hacerlo así, con método, para que todos me entiendan debidamente. El mal, como el bien, debe mostrarse con exactitud. Todos saben ya que Motóla les ordenó volver a sus quehaceres habituales, mientras nosotros escalábamos la montaña. Tras no poco esfuerzos, llegamos a la cumbre. Y vimos al ser desconocido que avanzaba hacia nosotros. No era un gigante.

-¡Huy! -sollozó la vieja, y con ella todas las enanas sollozaron-: ¡Huy, huy!

-¿Qué era, entonces? -preguntó un enano, tío de Tasla, y como él, amigo de la precisión.

-Era una giganta -dijo Tasla-. Una inmensa. Porque así como nosotros somos los enanos más enanos de cuantos existen repartidos por el universo, esta giganta pertenece a la raza de los gigantes más gigantes. Altísima, poderosa como una columna adivinada en sueños, venía con dos ciervos a la espalda, un arco, un cuchillo y un

morral. Nosotros la mirábamos desde la cumbre y veíamos que los árboles eran mucho más pequeños. Tan alta y corpulenta, sus pasos tienen que ser, fatalmente, como derrumbes de montañas. De pronto, la gigante se sentó en el suelo, estiró los brazos y decidió tenderse a reposar. Fue el momento que escogimos con Motóla para bajar a mirarla desde más cerca. Y yo fui el culpable de que bajáramos. Deseaba intentar una conversación con la gigante. Los rasgos de su rostro me daban una confianza muy honda. Eran bellos y a pesar de su grandeza mostraban una insospechable bondad. Así lo creí y se lo dije a Motóla. Bajamos, pues, y de repente tuvimos la desgracia de resbalar. Fue inútil que tratáramos de cogernos de alguna hierba. Rodamos por la pendiente y fuimos a dar a la cabellera de la gigante. Una cabellera rubia, que olía a selvas profundas. La gigante nos sintió enredados en su pelo y estiró las manos, las pasó suavemente por su cabeza, y no tardamos -Motóla y yo- en hallarnos montados cada uno en un dedo de la gigante cazadora. Nos acercó a sus ojos y

estoy seguro de que Motóla se sintió mareado lo mismo que yo frente a esa mirada oscura, indescriptible, madre de las noches más negras. Entonces, la gigante nos sonrió. Algo dijo y no supimos qué, tan gruesa era su voz. Pero lo que no olvidaré nunca son sus dientes: grandes como nuestras casas, blancos como ellas, y, seguramente, tan temibles como el peligro más feroz que puede concebirse. Entonces pensé huir. Saltar desde su dedo a la tierra era una hazaña que nadie emprende sin pensarlo bien; pero éstos no eran momentos para pensar sino para evadirse pronto. La gigante abrió su morral y metía dentro a Motóla. Yo lo vi rodar morral adentro y sentí un vértigo incontenible. Todo mi cuerpo temblaba. Sin meditarlo, salté a tierra, me escabullí por la hierba, escapé velozmente. Y sólo decidí regresar cuando la gigante se levantó y se fue a grandes pasos por la llanura.

Calló Tasla y lo que ocurrió entonces fue inesperado: no hubo un grito, un sollozo, un movimiento. La historia que todos acababan de oír

era de aquellas que dejan petrificados a quienes la oyen. Profundo silencio hubo en la montaña. Se hubiera dicho que los enanos se habían dormido de pie, con los ojos abiertos. Parecían estatuas.

Pero la vieja locuaz rompió este silencio, como era de suponer. No podía estarse callada tanto tiempo como los demás.

-Nos has dicho que eres culpable y que mereces la muerte -dijo-. Sin embargo, a través de tu historia, si la he entendido bien, creo adivinar que has sufrido tanto como Motóla, nuestro jefe. ¿Cuál puede ser tu culpa, Tasla?

-Debí ayudar a Motóla. Huí como un cobarde mientras él caía en el morral. No me perdono tanta vileza.

Hubo gran murmullo de voces. Enanos y enanas se consultaban, discutían. Tasla cerró los ojos y aguardó el resultado de la espontánea deliberación de su pueblo. Y de repente se oyó una voz aguda. Era la de un enano viejo, a quien Motóla solía pedir el parecer en difíciles ocasiones.

-Tasla -dijo el viejo-, no eres culpable. Si no hubieras huido, nuestra desgracia sería mayor. Y como has compartido con Motóla las fatigas y pesares de llegar hasta la gigante, queremos que en adelante seas nuestro jefe, a pesar de tu juventud. Motóla te distinguió siempre. Nosotros, en recuerdo suyo, te distinguimos. Sube al sitial de piedra y dinos desde su altura lo que debemos hacer. Porque es indudable que no podemos abandonar a Motóla a su condenada suerte. Iremos tras él, siguiendo las huellas de la gigante, y trataremos de libertarle, sea cerca o lejos el lugar a que la desgracia le ha conducido.

Tasla subió al sitial de piedra y contestó de este modo:

-Quiero ser el guía de mi pueblo en la aventura de rescatar a Motóla. Quiero que todos los peligros me acechen. Quiero ser digno de la confianza que se me demuestra. Pero no partiremos enseguida, ciertamente. Todo debe ser meditado con precisión. Entretanto, nuestro pueblo está de duelo. Mañana y tarde se tocará la campana con

lentos y tristes sonos. Y en cada casa, en el lugar de la bandera, pongamos todos un crespón. Estamos viviendo la hora más triste de nuestra historia.

## Como se viaja en un morral

Motóla vivía una aventura muy diferente, entretanto. Como la gigante había echado a andar y sus pasos eran, esta vez, más largos y presurosos, el morral se agitaba con una violencia que desesperaba al enano. Iba en una completa oscuridad, envuelto entre legumbres frescas, y sus narices se movían lo mismo que las de un conejo. Deseaba pensar y no podía. Este viaje era el más desagradable de cuantos oyera hablar en su larga existencia.

La gigante había comenzado a cantar para no sentir la marcha. Y el ruido de su voz llegaba hasta Motóla lo mismo que el de una tempestad. Haciendo grandes esfuerzos, el enano trepó por una lechuga y tratando de equilibrarse buscó afanosamente en su cinturón el cuchillo del que

nunca se separaba. Enseguida intentó hacer un hoyo en el saco. La tela era dura y aunque la hoja de su cuchillo era afilada no conseguía abrir el agujero tan deseado. Pero Motóla poseía una voluntad y una perseverancia ejemplares y no desmayaba fácilmente. Revolvía su cuchillo en la tela y con todo su vigor procuraba hacer el hoyo que sirviera de ventana.

-Al menos, tener un poco de luz -se decía.

De repente sintió menos caluroso el morral. Dejó de trabajar unos segundos y escuchó atentamente. Estaba seguro de que la gigante había llegado al río. Y así era, en efecto, pues ahora oía los pasos de la gigante dentro del agua. Siguió trabajando con loca actividad y, por fin, sus afanes tuvieron éxito. Entró un rayo de luz en el saco. Había conseguido abrir el agujero. Motóla lo agrandó como pudo, cogiendo su cuchillo con ambas manos y esforzándose con todo su cuerpo. Cuando pudo pasar su cabeza por el agujero, vio que la gigante llegaba a la otra orilla del río. Sus talones eran enormes y estaban empapados. La gigante se

detuvo unos instantes y volvió a calzar como antes de cruzar las aguas caudalosas, que un enano hubiera debido atravesar en bote, temiendo a cada momento ser llevado por la corriente. No pudo negarse a admirar la seguridad de la gigante, que sin la menor vacilación, y con escasísimo riesgo, se había metido en el agua hasta las rodillas, tan profundo era el río.

Ahora que Motóla tenía un mirador, se dedicó a contemplar el paisaje, a pesar de las sacudidas del morral que solían darle vértigo. A poco, su extrañeza no fue poca. Vio volar unos pájaros, muchísimo más grandes que los que vivían en la montaña de los enanos. Después divisó unas vacas, muy grandes también, y no como las que ellos poseían, chiquitas y silenciosas. Estas vacas tenían grandes cuernos y de vez en cuando mugían roncamente.

La gigante seguía andando. Todavía era más alta que los árboles, a pesar de que los árboles eran aquí de considerable altura. Cualquiera de sus

hojas le hubiese servido a un enano de cómodo quitasol.

La gigante había dejado de cantar. Su paso era largo y rápido. Las cosas pasaban ante los ojos de Motóla como pasan ante nosotros cuando vamos en tren. Y como todo era distinto a lo conocido habitualmente, Motóla olvidaba su desventura y se entregaba a los placeres de la contemplación con la despreocupada serenidad de un buen viajero. Ahora podía pensar. Y aunque sus pensamientos no eran del todo tranquilizadores, Motóla mantenía una cara digna, asomado en el agujero del morral. El aire le daba en las barbas y las agitaba blandamente. De vez en cuando veía pasar unos insectos desconocidos, en vuelo sin rumbo. Aunque no los conocía de manera directa, había leído algo acerca de ellos en los gruesos libros de su excelente biblioteca. Supo que eran moscas y abejas. ¡Qué grandes! ¡Qué rápidas y sonoras! Los enanos no poseían insectos en su pueblo. Si los había, cosa muy posible, eran tan pequeños que

hubiera sido necesario examinarlos con microscopio.

Repentinamente salió un perro de entre unos árboles. Lanzó varios alegres ladridos y se vino a saltos hacia la gigante. Era un perro descomunal, negro y peludo. Cuando ladraba, Motóla podía verle los filudos colmillos. Estuvo saltando un rato alrededor de la gigante y después, más sosegado, comenzó a marchar tras ella. Motóla no apartaba la vista de su hocico. El perro no le había visto y, cabizbajo, se entretenía olfateando hierbas, piedras, cuanto encontraba en su camino. Pero de pronto alzó la cabeza y clavó los ojos en el agujero del morral. Motóla sintió un veloz escalofrío. El perro avanzó más rápidamente y estiró el cuello. El enano sintió su aliento caliente. Y como el perro dio un ladrido agudo, alegre, Motóla se retiró de su ventana, asustado. Cayó sobre la lechuga, rodó por las legumbres y volvió a dar en el fondo del morral. Para volver a su agujero tenía que hacer todo el esfuerzo de antes, digno de un atleta. ¡Qué suerte maldita!

Mientras volvía a trepar, ejercitando todos sus músculos, Motóla pensaba en su pueblo. Recordaba perfectamente el salto de Tasla, al huir del dedo de la gigante. ¡Qué magnífico salto! Nunca hubiera creído que Tasla tuviera tanta agilidad y energía. Siempre había sido un estudioso, un enano aficionado a los libros, y repentinamente se revelaba como incomparable acróbata. ¡Pobre Tasla! Le conocía muy bien Motóla, y sabía que ahora debía tener de luto el corazón. Lo mismo que todos los habitantes de su montaña. Seguramente, Tasla les había contado ya su desventura. ¿Qué harían los enanos? ¿Tratarían de encontrarle? ¡Oh, que no lo hicieran! Eso era meterse en un mundo lleno de asechanzas. Y Motóla deseaba la felicidad de su pueblo.

Volvió a asomarse en el hoyo del morral y advirtió con gran alegría que el perro trotaba delante de la gigante. Ahora subían un cerro -que a Motóla le pareció el monte más alto del mundo- y al llegar a la cima vio el enano, allá lejos, grandes casas, enormes, indescriptibles casas, con unas

puertas espaciosas por las que cabría perfectamente todo el pueblo de los enanos.

-¿Es allá donde me lleva la gigante? -se preguntó-. ¡Qué horrorosa vida! Debe de haber un bullicio de todos los demonios.

Y como para no desmentirle, he aquí que llegó de lejos, de aquellas lejanías que la gigante no tardaría en cruzar, una voz tremenda, poderosísima, que cantaba al parecer. Motóla se puso suavemente las manos ante los oídos y descubrió que de esta manera la voz era menos fuerte.

Se sintió contento. En adelante viviría con las manos sobre las orejas, y así sabría lo que hablaban los gigantes, sin sentir que los tímpanos le vibraban como si fueran a romperse.

La gigante tuvo la mala idea de bajar el cerro al trote. Esto le produjo a Motóla un malestar inconcebible. Se sentía azotado duramente contra uno de los flancos de la gigante. Ardía su cabeza. Le dolían todos los miembros. Temía romperse los huesos y perder todos sus dientes.

Una vez abajo, la gigante se detuvo. Estaban frente a una avenida de gigantescos árboles y al fondo se divisaba una casa tan grande como una montaña. Motóla sintió la respiración profunda de la gigante, como un río de aire que entra impetuosamente y sale después ardiendo.

Pero la gigante no se había detenido para darse un descanso. Llevó una de sus manos a sus mejillas, la ahuecó en torno de la boca y lanzó el grito más penetrante y tremendo de que hubiera noticias. El perro, que se había adelantado, le respondió desde la puerta de la casa con bulliciosos ladridos.

-¡Polivio! -gritó la gigante nuevamente-. ¡Polivio!

Motóla cerró los ojos, apretó las mandíbulas, quedó sordo un largo rato. Pero su curiosidad era tan grande que no quiso moverse del agujero. Por lo demás, sabía que, de hacerlo, iba a dar de cabeza entre las legumbres.

Se abrió una ventana y asomó una cara que hizo tiritar a Motóla. Era inmensa, poblada de largos

pelos. El enano no había sospechado jamás que los bigotes y las barbas pudieran alcanzar semejantes dimensiones.

-¡Garzula! -respondió el gigante con voz de cerros que se derrumban terriblemente-. ¡Voy, Garzula!

Pero la giganta no le esperó. Con sus más largas zancadas recorrió en un abrir y cerrar de ojos la avenida y estuvo ante la puerta. Polivio salió a recibirla. Se besaron y su beso fue como un par de nubes que chocan. Motóla creyó ver relámpagos. Desmayado, cayó al fondo del morral y lo tapó la lechuga.

-Traes buena caza -dijo Polivio-. Bonitos ciervos, Garzula.

-Sí, son bonitos; pero no son los ciervos lo que te gustará más. Te traigo una sorpresa, Polivio. Y te la daré si te has portado bien en mi ausencia. ¿Qué has hecho mientras yo andaba de caza?

-Me entretuve cantando -dijo Polivio, sonriendo cariñosamente-. Hoy he aprendido dos canciones nuevas.

-Te oí cantar mientras subía el cerro -dijo la giganta-. No pude oír bien las palabras, pero la melodía me pareció agradable.

Entraron en la casa. Cruzaron un corredor y llegaron a un patio inmenso. Allí se despojó la giganta de los dos ciervos, tirándoles en el suelo junto a un montón de troncos.

Y tomados de las manos, Polivio y Garzula se dirigieron al comedor.

-¿Dónde está la sorpresa? -preguntó el gigante.

-Cierra los ojos -dijo la giganta.

Polivio cerró los ojos, y como lo hizo con su acostumbrada energía dos o tres pelos de las cejas le treparon como lanzas hacia la frente. Parecía encantado de que Garzula le recordara cuando estaba lejos. La giganta le miraba con una chispa de alegría en sus grandes ojos negros.



Cogió el morral y volcó su contenido sobre la mesa. Entre las legumbres -y más o menos de su mismo tamaño- apareció Motóla. Estaba desmayado todavía.

-Abre los ojos -dijo la gigantea.

Polivio miró las legumbres y se relamió los bigotazos.

-¡Rica ensalada tendremos! -murmuró con voz que trataba de ser dulce.

-Hay algo más -dijo la gigantea.

Polivio alargó una mano y removió las legumbres. Entonces divisó a Motóla.

-¿Y esto? -preguntó con infantil alegría, golpeándose las manos.

-Es un enano -dijo la giganta, echándose a reír con su más estrepitoso regocijo.

## Motóla encima de la mesa

**p**

olivio no había visto visto nunca a un enano. Recordaba vagamente haber oído hablar de ellos cuando niño. Su madre le había dicho algunas veces, cuando no quería dormirse:

-Si no te duermes pronto, Poli vio, vendrá un enano, se te meterá en las narices y te las rasguñará toda la noche.

El gigante recordaba el miedo que le producía esta amenaza y cómo apretaba los ojos para dormirse antes de que viniera el enano. Pero la verdad es que nunca, en su larga vida, vio a ninguno, malo o bueno. Esta era la primera vez. Y estaba contento. Poli vio era tierno y sentimental. Las cosas que le gustaban le hacían llorar de

alegría. Por eso tenía ahora repletos de lágrimas los ojos.

-¡Tan chiquito que es! -murmuró con voz temblorosa-. Me da miedo tomarlo. Puedo romperlo.

La giganta le miraba con una satisfacción profunda. Le agradaba ver a Polivio con los ojos llenos de lágrimas dichosas. ¡Era tan bueno, suave y cariñoso!

-¡ Yuyuyu! -exclamó el gigante, adelgazando mucho la voz, al tiempo que pasaba la punta de su dedo meñique por las mejillas del enano-. ¡Yuyuyu! ¡Despierta, lindo, despierta!

Motóla había vuelto en sí, pero no quería abrir los ojos. Temía mirar al gigante. Cuando sintió sobre sus mejillas el roce del inmenso dedo, tuvo ganas de reír. Apretó los dientes. La risa podía ser fatal.

-¡Pobrecito! -murmuró el gigante-. No se mueve. ¡Ojalá que no esté muerto!

-Está vivo -dijo la giganta-. Tu dedo le hizo cosquillas en la cara y estuvo a punto de reír; pero se contuvo, apretando los dientes. Lo que ocurre es

que tiene miedo. Dejémosle solo un rato y ya verás como se mueve.

Se apartaron los gigantes, y sentados en un rincón empezaron a hablar. Motóla abrió los ojos. Vio las lechugas, las arvejas y se sintió tan infeliz como un gusano. Pero lo que deseaba era oír hablar a los gigantes y tendió el oído. Hablaban en voz baja y esto le permitía a Motóla percibir claramente todas las palabras, sin malestar alguno.

-¿Dónde lo encontraste? -preguntaba Poli vio.

-Lejos de aquí-contestó la giganta-. Alguna vez tenemos que ir por esos lados, Poli vio. Es un paisaje muy distinto al que conocemos. Primero hay un río muy bajo, de aguas casi quietas. Después hay una llanura, con árboles chiquitos. Todo es diferente, pasado el río. Los pájaros parecen insectos. Al fondo, las montañas me llegan al hombro. Nunca había andado por allí. Es sumamente curioso. Fue una pura casualidad que saliera a esos parajes. Uno de los ciervos escapó y mientras lo perseguía descubrí esas tierras tan distintas a las nuestras. Caminé un poco y me tendí

a descansar al pie de una de esas montañas enanas. De repente sentí un cosquilleo en el pelo. Metí la mano y dos enanitos se me montaron en los dedos. ¡No te puedes figurar, Polivio, la alegría que sentí! Inmediatamente pensé traértelos.

-Si eran dos, ¿dónde está el otro? -preguntó el gigante-. ¡Has dejado solo a este pobrecito! Tendremos que ir a buscar a su compañero.

-Me pareció más joven que éste -contestó la giganta-. Dio un gran salto y se escondió entre las hierbas. No pude encontrarlo. Y como ya era hora de regresar, no quise buscarlo más. Iremos juntos a buscarlo este domingo.

El gigante lanzó un bufido de satisfacción y Motóla tuvo que taparse los oídos para no ensordecen. Este movimiento hizo sonreír a la giganta, que alcanzó a verlo al posar los ojos sobre la mesa.

-¡Se ha movido! -dijo la giganta-.Vamos a mirarlo. Tratemos de no hacer mucho ruido, porque se asusta.

Se acercaron de puntillas. Motóla mantuvo abiertos los ojos y, sin quererlo, sonrió con espontánea cortesía. Lo que acababa de oír le daba cierta confianza. Tal vez todas las leyendas de gigantes perversos eran cuentos para enanos niños. Estos no parecían malas personas.

Los gigantes estuvieron contemplándole con atención. Motóla se sentó junto a la lechuga. Una inexplicable cordialidad empezaba a dominarle. Sin pensarlo siquiera, se llevó la mano a la gorra e inclinó amablemente la cabeza.

-¡Nos saluda! -dijo el gigante, brincando de júbilo.

-No lo asustes -murmuró la giganta.

En realidad, los brincos del gigante movieron el piso y la mesa se estremeció tirando de espaldas a Motóla, que por suerte golpeó su cabeza en una de las legumbres.

-¡Tan chiquito que es! -balbuceó el gigante alegremente-. La menor cosa lo hace caer. Vamos a tener que cuidarlo mucho.

-Si quieres, le compramos una jaula -dijo la gigante.

-No, no -murmuró el gigante-. Yo quiero que viva en completa libertad. No es un león ni un pájaro para que lo metamos en una jaula. Si te fijas bien, Garzula, un enano no es sino un gigante muy chiquito.

Esta definición agradó a Motóla. La encontró muy exacta. Y pensó: "Un gigante es un enano muy grande". Riendo de alegría, se sentó nuevamente y se dispuso a hablar. Era un buen orador en su pueblo, de manera que tal vez ahora no lo haría del todo mal, si conseguía dominar sus nervios.

-¡Buenos días! -gritó a todo pulmón-. ¡Salud y prosperidad a los gigantes! Habla el jefe de los enanos. Me llamo Motóla y estoy dispuesto a aceptar cualquiera alianza.

Los gigantes percibieron un chillido como de rata y, mirándose, sonrieron bondadosamente.

-Parece que trata de hablarnos- dijo la gigante-. Algo nos ha dicho, sin duda.

-¡Chit! -dijo el gigante-. Si ha hablado, es muy poco lo que nos ha dicho y seguramente va a decirnos algo más. Escuchemos.

Motóla se dio cuenta de que todos sus esfuerzos serían vanos. Su voz no alcanzaba a entrar en las orejas de los gigantes. Se enredaba a medio camino y se perdía irremediablemente. Era imprescindible inventar algo para hacerse oír. Frunció las cejas y meditó. Y de improviso encontró la idea que necesitaba. Sacó de su bolsillo los anteojos de larga vista y con la punta de su cuchillo comenzó a quitarles los cristales. Polivio se divertía viéndole trabajar. Garzula había puesto un dedo delante de sus labios, para indicarle al gigante que no hablara. El menor ruido podía echar a perder aquellos trabajos inexplicables y quizás muy útiles.

Motóla era diestro y no tardó en convertir los anteojos en una bocina. Pensaba en la gente de su pueblo y sonreía. ¡Cuánto hubieran celebrado todos su feliz idea! Tasla le hubiese dicho gravemente: "Me atrevo a pensar que tu ensayo es favorable, Motóla. Una vez más la inteligencia de

los enanos queda demostrada. Somos los dueños del mundo".

Motóla colocó la bocina junto a sus labios y gritó con su voz más fuerte:

-¡Salud y prosperidad a los gigantes! Me llamo Motóla.

La giganta volvió a sonreír, mostrando todos sus dientes. El gigante no pudo contenerse y, tomando a Motóla de la cintura, con un dedo, lo alzó en el aire dichosamente. Motóla cerró los ojos, creyendo que moría. ¡Qué velocidad y altura! Nunca se había sentido volar de esa manera, ni en sus sueños más venturosos.

-¡Cuidado! -exclamó la giganta-, no vayas a apretarlo, porque lo quiebras. Déjalo encima de la mesa y respondámosle.

Polivio depositó a Motóla junto a la lechuga y después empezó a saltar por el comedor. Necesitaba desahogar de algún modo su alegría. Era un gigante espontáneo. El ruido aturdió a Motóla. Tratando de huirle, echó a correr por la mesa. Pero

se cansó pronto y se detuvo junto a una taza que era, más o menos, de su altura.

-No tengas miedo -dijo la gigante, suavizando la voz -. Comprendemos que no estamos acostumbrados a hablar con enanos y nuestras voces aturden. La tuya es chiquita y agradable. Trataré de hablarte con una voz parecida.

El gigante se había parado delante de la mesa y le chorreaban las lágrimas del júbilo.

-¡Déjame hablarle a mí, Garzula -exclamó-. Voy a poner la voz delgadita como gota de agua.

Para conseguirlo, carraspeó primero. Y por todo el comedor fue como si soltara un trueno con rayos y relámpagos.

-Motóla -dijo-. Me voy a entretener mucho contigo. Me parece estar soñando. Hazme el favor de no temerme. Sería capaz de dar mi vida por ti. ¡Me encanta que hayas venido! Me sentía muy solo. Garzula, mi mujer, sale a cazar día por medio y me deja solo en la casa. Me aburro leyendo y cantando.

La voz delgada de Polivio era tal vez ridícula, pero a Motóla le pareció llena de dignidad y benevolencia. Levantó su bocina y contestó:

-Creo que vamos a ser buenos amigos. El día que quieras te llevaré a mi pueblo. Los enanos somos buena gente. No creo que valga la pena temernos. Somos pacíficos cuando no se nos hace daño. Y para grandes y chicos es una ventaja el conocerse, Polivio. Ustedes, los gigantes, son unos enanos inmensos; nosotros, los enanos, somos unos gigantes diminutos. Nos parecemos mucho más que lo que puede pensarse a primera vista. Ya hablaremos de todo esto más tarde. Ahora te rogaría que me dieras un vaso de agua. Tengo una sed loca.

La giganta se precipitó en busca de un vaso. Cuando lo puso encima de la mesa, Motóla frunció el ceño, apesadumbrado. Cogió su bocina y habló:

-Es muy alto para mí -dijo-. Si llego a beber-me la mitad de toda esa agua, reviento.

Polivio metió dos dedos en el vaso y luego roció la lechuga, Motóla se acercó a beber. Barbas y

bigotes le quedaron empapados. Se relamió con gusto.

-Si tienes sed, también debes de tener hambre -dijo la gigante-. Voy a asar los ciervos. Ya verás, Motóla, cómo sé prepararlos.

Poco después, por la ventana que daba hacia el patio, Motóla vio unas inmensas llamas. Los ciervos, colgados de un palo, se asaban encima de un fuego tan alto como un monte.

-Si no engordo en estas tierras -pensó Moto-la- quiere decir que mi destino es ser flaco hasta la hora de mi muerte.

Y se dio dos o tres golpes en la barriga no poco abultada, mientras el gigante, mirándole, sonreía lo más suavemente que podía hacerlo.

## **El primer almuerzo en casa de los gigantes**

Mientras la giganta preparaba el almuerzo, Polivio se dedicó a entretener al enano. Hacía las cosas más inverosímiles: sacaba la lengua, fingía estornudar, se alborotaba las barbas y los bigotes, comenzó a tocar una canción de cuna en un estrepitoso acordeón, le dio más agua a Motóla, aunque éste ya no tenía sed.

La giganta entró con una bandeja extraordinariamente grande. Patas arriba venía el ciervo asado. Polivio tomó cuidadosamente a Motóla, en un dedo, para que la giganta depositara la bandeja. Después lo colocó encima de sus bigotes y como esto le hizo cosquillas, estornudó de veras. Motóla salió disparado por el aire. Felizmente, la giganta le cogió en su palma abierta.

-Te comportas como un niño -dijo la giganta-. Si no aprendes a tratar mejor a Motóla, le iré a dejar a su montaña.

Polivio puso cara triste y prometió enmendarse. La giganta depositó al enano cerca de la bandeja. El calor hizo sudar a chorros a Motóla.

-Se nos va a derretir -dijo el gigante, cogiéndole suavemente por la cintura y depositándole en el suelo. En seguida se echó a reír. Le divertía ver a Motóla, tan pequeño, entre las cosas tan grandes.

-No lo dejes ahí, que podemos pisarlo -dijo la giganta, severa-. Siéntate, Polivio, y déjame en paz a Motóla. Yo lo cuidaré.

El gigante se sentó en su enorme silla y comenzó ruidosamente a afilar su cuchillo. Mientras lo hacía, cantaba entre dientes. Se refería a los ciervos asados que cuando no son muy corpulentos se quedan en una muela de los gigantes. Era una canción jocosa que hizo reír a la giganta.

-Tengo un apetito tremendo -dijo el gigante, haciendo un extraño ruido con la lengua-. Cuando

me siento feliz, me comería una cordillera de ciervos asados.

La gigante volvió a reír y tomó a Motóla de la cintura para depositarle de nuevo en la mesa. Había puesto un platillo boca abajo, con una servilleta encima, y allí sentó a Motóla, que se sintió como en un trono. Después acercó un plato repleto de carne humeante, cortada en largos jirones.

-Creo que los tenedores son demasiados grandes para ti, Motóla -dijo la gigante-. Tendrás que comer con los dedos. Más tarde me encargaré de que tengas todo lo que te hace falta.

Motóla miró su plato y se estremeció, pues en su vida había tenido ante la vista semejante abundancia de carne apetitosa. Cogió su bocina y dijo que no podría comer tanto. La gigante le contestó que comiera a su gusto; el resto sería para el perro, que era un goloso terrible.

-Esto está exquisito -murmuró el gigante con una voz muy extraña. Motóla le miró: hablaba con la

boca llena y se veía un inmenso trozo de carne girando encima de su lengua.

-Muchas veces te he dicho que no hables cuando comes -dijo la gigante-. Nadie diría que has recibido una buena educación.

A Motóla le asombraba la actitud de la gigante. Trataba a Polivio como las enanas suelen tratar a sus hijos menores. Además, la gigante hacía todos los trabajos. Polivio se dedicaba a una infantil ociosidad, con la activa imaginación de un niño. Esto le parecía a Motóla inconcebible. Y apenas hubo tragado el primer trozo de carne, que le supo muy bien, limpió sus labios cuidadosamente y decidió averiguar por qué eran así las cosas.

-Aquí trabaja la gigante -gritó a través de su bocina-. En esto no nos parecemos. Nuestras enanas se entregan a los quehaceres domésticos y los trabajos mayores los hacemos nosotros.

-Todo está bien tal como está -respondió Polivio y enseguida le dio un mordisco tremendo a una de las patas del ciervo.

La giganta se sintió obligada a explicar a Motóla ciertas costumbres. Después de beberse una jarra de vino, comenzó a decir:

-No siempre han sido así las cosas, Motóla. Antes trabajaban los gigantes, pero hace trescientos años que descansan, dejándonos a nosotras todas las faenas y responsabilidades. La explicación es muy sencilla. Cuando trabajaban los gigantes, había guerras. Todavía no salían de casa y ya estaban mirándose los unos a los otros con caras de enemigos irreconciliables. Todos querían ser los más fuertes, los mejores cazadores, los más incansables, los más ágiles, los más ricos. Las rivalidades provocaban, en un comienzo, combates individuales; pero los vencidos no se resignaban y juraban vengarse, buscando ayuda entre sus amigos. De este modo, la muerte iba y venía por nuestro pueblo como si estuviera en su propia casa. Cierta vez hubo una mortandad tan espantosa que temimos ver extinguida nuestra raza. Entonces realizamos un congreso y exigimos voz y voto para las gigantas. Los gigantes estaban

tan cansados que cedieron. Y las gigantas decidimos tomar las riendas del gobierno. Al principio, los gigantes rieron mucho. Después les gustó la vida tranquila. Y como todos los trabajos quedaron mucho mejor hechos que antes, la costumbre de que las gigantas lo hicieran todo se convirtió en ley. Así lo cuenta nuestra historia, que aprendemos en la infancia.

-Debe de haber sido entonces cuando los gigantes eran enemigos de los enanos -dijo Motóla-. Yo me alegro muchísimo de que hayan cambiado las costumbres.

Polivio rió tan estrepitosamente que temblaron todos los vidrios. La giganta estiró un dedo y acarició la cara de Motóla, haciéndole caer el gorro sobre la mesa.

-Ya no hay cuidado alguno -dijo la giganta-. Todos vivimos en paz. Cada cual está en su casa, atendiendo a sus cosas. Nuestro pueblo es bastante grande. Ha crecido desde que nosotras gobernamos. Antes había incendios cada día.

-Esta tarde te llevaré a caballo a dar una vuelta por la ciudad -dijo el gigante-. Te vas a sentir encantado. Para que no te caigas, te meteré en uno de mis bolsillos.

-Y no galoparás -dijo la giganta-. No quiero que Motóla sufra el menor daño, ¿me oyes? Si galopas, se puede caer. Y yo quiero que viva con nosotros exactamente como si fuera nuestro hijo.

Motóla abrió inmensamente los ojos. Lo que acababa de oír era inconcebible. ¿Era lógico que él, un enano de cierta edad, jefe de su pueblo, se convirtiera en hijo adoptivo de unos gigantes? Tan absurda le pareció esta idea que se echó a reír.

-Sí, Motóla -dijo la giganta-. He pensado adoptarte. No tenemos hijos y siempre los hemos deseado. ¿Te parece mal quedarte con nosotros?

Antes de que Motóla contestara, decía el gigante con atropellada ternura:

-Sí, sí, Motóla, querido Motóla, no te niegues, que tendríamos mucha pena. Piensa en lo que significa para ti ser el primer gigante enano.

La giganta se echó a reír con alegría.

-¡De veras! -exclamó-. Motóla va a ser el primer gigante enano. Me entusiasma la idea.

## **Primeras aventuras de Motóla como gigante enano**

M otóla comió gustosamente, en abundancia. Cuando terminó de almorzar, su vientre parecía mucho más redondo. Aunque se creía flaco, tenía la mejor corpulencia que un enano puede alcanzar sin propasarse. Pronto sintió una invencible modorra. Se le cerraban los ojos. La gigante dijo que convenía acostarle. Y le metieron dentro de un dedal que usaba el gigante cuando cosía.

Al despertar, se encontró solo. Haciendo un esfuerzo salió del dedal, que rodó por una inmensa almohada. Motóla había dormido en la cama de la gigante, que despertó al sentirle resbalar hasta su nariz.

-Ahora voy a vestirme -dijo la gigante-. Eres nuestro hijo adoptivo y no puedes vestir como un enano. Poli vio te ha hecho un traje parecido al suyo.

Motóla quiso protestar. Si tenía que vestirse, él mismo lo haría; pero la giganta no perdía tiempo en vacilaciones y en un santiamén le vistió de gigante. Era un traje blanco, amplio, con adornos rojos en el cuello y en la cintura. En lugar del gorro con borla, ciñó su cabeza con cinta dorada. Los zapatos puntiagudos fueron cambiados por una sandalia de cuero.

Cuando le tuvo vestido, la giganta comenzó a llamar a Polivio con voz fuerte, que a Motóla le pareció insoportable. Entró Polivio estirando los brazos y bostezando con pereza.

-¡Ven a ver cómo está Motóla! Parece un rey -dijo la giganta.

Polivio se acercó a la cama y comenzó a reír con alegría. Aseguró que nunca había visto nada más encantador. Motóla sentía rabia y vergüenza, pero no se atrevía a decir nada.

Entonces le tomó el gigante, le metió en un bolsillo, sobre su pecho, y le dijo que iba a mostrarle la casa. Todo le pareció a Motóla desmesurado, pero ahora que vestía de gigante

trataba de ver las cosas con ojos diferentes. De pronto le depositó Polivio encima de una mesa tan grande como la del comedor. Estaba llena de inmensas armas.

-Todos los gigantes tenemos un cuarto parecido -murmuró el dueño de casa-. Es nuestra sala de los recuerdos. Guardamos en mesas y vitrinas nuestras armas de los tiempos antiguos, cuando nuestros tatarabuelos gobernaban. Hay de todo. Puñales, espadas, hondas, lanzas y garrotes claveteados. Ahora esto no sirve de nada. Muchísimo mejor así.

Motóla, sin saber por qué, deseó decir algo desagradable. Le disgustaba que al jefe de los enanos le trataran como a un chiquillo inútil.

-Tal vez aquellos tiempos fueron mejores -dijo-. Los gigantes han perdido todo sentido de lucha, responsabilidad y esfuerzo. Viven bajo la protección de las gigantas. Y esto no me parece digno de cuerpos tan grandes y forzudos.

-¿No sucede lo mismo entre los enanos? -preguntó Polivio.

-¡Claro que no! Allá somos nosotros los que enfrentamos las principales obligaciones y peligros. Las enanas viven despreocupadamente, confiadas de nuestra iniciativa y nuestro valor.

-Es cuestión de acostumbrarse a lo contrario -respondió Poli vio, sin inmutarse. Y de pronto se echó a reír bulliciosamente. Después llamó a la gigante-: ¡Garzula! ¡Garzula! Ven a oír algo gracioso...

Cuando apareció la gigante, Polivio le contó lo que había dicho Motóla, y ambos rieron un buen rato.

-¡Cómo nos vamos a divertir escuchando a Motóla! -exclamó el gigante-. Quiere volvernos belicosos y que las gigantas se queden en casa tocándola mandolina. ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja!...

Motóla frunció el ceño y no dijo nada. Poco después, el gigante lo metía de nuevo en su bolsillo y lo sacaba a pasear en su caballo negro. Motóla se olvidó de todo contemplando la ciudad. Las patas del caballo sonaban estrepitosamente. Se abrían algunas ventanas y asomaban caras de

gigantes. Polivio les saludaba con manifiesta cordialidad. Algunas gigantas le detuvieron y alabaron su túnica nueva, sus bigotes perfumados, sus barbas crespas. Polivio sonreía y continuaba su paseo. No habían visto a Motóla y esto divertía al gigante.

-No te presentaré hasta el momento de la gran fiesta -dijo-. Hemos decidido con Garzula dar un banquete el día que te adoptemos oficialmente. Va a ser una fecha memorable. Todos querrán tener un hijo adoptivo como tú. Pero serás el primero y el único, Motóla. ¡Ay de aquel que se atreva a imitarme!

-Veo que te pones belicoso -dijo Motóla-. A lo mejor he traído la guerra a tu pueblo.

El gigante se echó a reír con ganas.

-No, no -dijo-. No lo temas. A todos lo gigantes nos gusta ser bravucones cuando estamos solos. Las gigantas se encargan de hacernos volver a la realidad.

Pasaban frente a un huerto y Motóla vio a un gigante que se abanicaba con una inmensa rama de pino, tendido en una hamaca.

-Ese gigante es el marido de nuestro juez, la giganta Roleda -dijo Polivio en voz baja-. Es muy rico y sabe contar muchas historias. Cuando canta, a uno le bailan solos los pies. Tiene una voz de orquesta. Es mi mejor amigo. Voy a llamarle, Motóla.

Silbó Polivio y el gigante de la hamaca alzó la cabeza. Enseguida acudió a grandes pasos. Traía en la mano su abanico, una rama artificial, regalo de Roleda el día de su último cumpleaños.

-He venido a pedirte que seas el padrino de mi hijo -murmuró Polivio después de saludarle.

-¿De tu hijo? ¡Vaya una sorpresa la que me das, Polivio! Se va a alegrar Roleda cuando lo sepa. Ahora salió a visitar nuestras viñas y no vuelve hasta el anochecer.

-¿Quieres verlo? -preguntó Polivio-. Es hermoso.

-¡ Ah, ya me lo figuro! Hermoso y grande, sin duda. Pero no puedo ir a verle, Polivio, porque

Roleda me dijo que no me moviera de casa. Me tiene castigado porque tuve la idea de romper un jarrón que era de sus abuelos. Tú sabes que Roleda tiene el genio vivo. Lo mejor es no molestarla.

-No necesitas salir para ver a mi hijo -declaró Polivio, riendo-. Si acercas tu nariz a mi pecho, lo verás.

-¡Tú siempre con tus chanzas! -dijo el gigante del abanico-. ¡Y yo que me había alegrado de la noticia! No volveré a creerte.

Pero, no muy seguro de que Polivio se burlara, acercó los ojos al pecho de su amigo y divisó a Motóla. Su asombro fue tan grande que no pudo hablar. Polivio se divertía mirándole y silbaba despacio una canción jocosa, de las muchas que conocía.

-Es Motóla -dijo después-. Lo hemos adoptado como hijo. Será el primer gigante enano. Garzula está contenta y me ha dicho que daremos una fiesta inolvidable en su honor.

El gigante del abanico alargó la cara. La envidia le asomó a los ojos. Temblaba su voz cuando dijo entre dientes:

-Le pediré uno a Roleda. No quiero estar solo en casa. Mis dos hijos están aprendiendo a tocar la flauta en la escuela musical y no vienen a vernos sino los domingos. La soledad me entristece.

Polivio clavó espuelas a su caballo y se alejó al trote. El gigante del abanico regresó a su hamaca. Tenía los ojos llenos de llanto.

-Cuando veo llorar a los gigantes -dijo Motóla- siento deseos de doblarlos a latigazos.

-No se te ocurra hacerlo -le contestó Poli-vio-, que vas a cansarte inútilmente.

El gigante galopó por amplias avenidas, y cuando regresó a su casa le pidió a Motóla que no le dijera a la giganta que había galopado. Pero Garzula estaba ausente. Esperándola, Polivio comenzó a cantar acompañándose con el acordeón. Motóla, que había sido depositado en el suelo, no pudo soportar el bullicio y salió del cuarto. Anduvo por todas partes y sin saber cómo

fue a dar en la bodega. Cuando quiso regresar, advirtió que se había extraviado. Pensando en su pueblo, se quedó dormido a los pies de una silla, en un corredor interminable. Era lógico: estaba cansado.

Despertó cuando había en torno una profunda oscuridad. Era la noche. Afligido, echó a andar. Le pareció sentir, lejos, voces que le llamaban.

-¡Motóla! ¡Motóla! -gritaba la gigante en alguna parte.

El enano comenzó a correr. Y de pronto se sintió cogido de los pantalones y levantado en el aire. El perro le había encontrado y le llevaba por el buen camino.

-No vuelvas a hacer lo que hiciste -le dijo la gigante cuando el perro le depositó suavemente delante de la punta de sus sandalias-. ¡Nos has hecho pasar unas horas atroces! Polivio está desesperado. Lloro sin cesar.

El perro ladró, contento de haberle traído, y la gigante le acarició la cabeza. Después llamó a

grandes voces a Polivio, que entró en el cuarto sollozando incontinentemente.

-No llores más -le dijo la gigante-. El perro le encontró qué sé yo dónde. Espero que esto te sirva de lección y no vuelvas a dejarle irse solo por la casa.

Polivio cogió a Motóla con un dedo y lo restregó contra sus barbas, diciéndole palabras afectuosas. El enano se sentía pinchado y manoteaba furioso. Pero Polivio estaba contento y era esto lo que verdaderamente importaba.

Después se dirigieron al comedor. Los gigantes, en la noche, comían frugalmente, y Motóla se quedó con hambre. Se sentía cansado y deseaba dormir hasta que su mente se despejara.

Tenía que preparar su evasión. Estaba decidido a no vivir con los gigantes, hecho un hijo adoptivo. La decisión era audaz y de sólo pensarla se le ponían de tal modo de punta los pelos de la cabeza, que el gorro se bamboleaba como una aureola de santo mecida por el viento.

Apenas terminaron de comer se oyó en la puerta un golpe retumbante.

-¿Qué puede suceder? -dijo la gigante-. Nadie nos visita nunca de noche.

Poli vio, tal vez asustado, cogió a Motóla y lo puso en el bolsillo que tenía a la altura del pecho. Con un dedo le hizo esconder la cabeza y le pidió que no se asomara. Garzula, entretanto, iba a abrir. La cegó el resplandor de un par de antorchas. Enseguida se oyó la voz de Roleda, que venía acompañada de su marido. La gigante la hizo pasar. Polivio, desde el comedor, escuchaba las voces y los pasos y se inquietaba grandemente.

-He venido a ver el enano -dijo Roleda con voz autoritaria. Era una gigante de pelo rojo, nariz ganchuda y boca gruesa. A su lado, el marido parecía una paloma junto a un gavián.

-Está durmiendo -contestó Garzula-. Ha llegado hoy y está cansado. Los enanos resisten menos que nosotros las fatigas. Mañana lo verás, Roleda. Precisamente había pensado llevártelo antes de almuerzo.

-Me gustaría verlo. Yo quiero tener uno igual -murmuró el marido de Roleda con voz quejumbrosa.

Polivio huyó a su cuarto al oír estas palabras. No quería que le arrebataran a Motóla. Roleda podía exigir que se lo entregaran, pues su poder, en el pueblo de los gigantes, era superior a cuantos existían.

Motóla asomó la cabeza y le preguntó a Polivio qué ocurría para que temblase de aquel modo. El gigante le explicó en voz baja el peligro. Motóla iba a contestar cuando se oyó abajo un ruido violento. Gritos y golpes. Los gritos los lanzaban las gigantas, como grandes piedras que hacían retemblar la noche; comparados con ellos, los golpes no eran sino un vago rumor, pues la verdad es que consistían únicamente en los caprichosos pataleos del marido de Roleda, que insistía en tener un enano para que le acompañase en la casa.

-¡Polivio! -gritó de pronto Garzula-. Hazme el favor de traer a Motóla.

Tiritando, Poli vio bajó lentamente, sobando con un dedo el bolsillo donde estaba el enano, tal vez para darle a Motóla un poco de confianza. Cuando apareció en el umbral, las gigantas callaron y el marido de Roleda sonrió satisfecho. Estaba seguro de llevarse esa noche al enano.

-¿Dónde está Motóla? -preguntó Roleda.

Polivio iba a contar una larga historia de cómo se había perdido y ya nadie podría encontrarlo; pero Motóla asomó la cabeza y gritó a través de la bocina que se había fabricado esa mañana:

-Aquí estoy.

El marido de Roleda dio un paso para cogerlo. Polivio gruñó como un jabalí rabioso. Grandes lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de ambos gigantes.

-No llores, Polivio -exclamó Garzula, exasperada-. El enano es nuestro hijo adoptivo y se quedará con nosotros aunque se venga abajo el mundo.

-No llores, no llores, Maclovio -murmuró Roleda-. El enano pertenece desde hoy a la

comunidad de los gigantes, y su residencia la fijaremos en nuestra casa. Al fin y al cabo, yo hago las leyes y las tiene que obedecer todo el mundo. Jamás se ha visto entre nosotros una rebeldía y no será ésta la primera vez.

-Motóla es propiedad privada-gritó la gigante Garzula-. Yo no obedezco leyes destinadas a favorecer a Maclovio. Si a esto se le llama rebeldía, estoy resuelta a ser rebelde. Muchas gigantas serán de mi parecer.

-¿Es tu última palabra? -preguntó Roleda, agitando su ganchuda nariz.

-La primera y la última -contestó la gigante Garzula, sonriéndole a Poli vio con la más tranquilizadora de sus sonrisas.

-Tendrás que arrepentirte -exclamó Roleda, tomando de la mano a Maclovio y arrastrándolo fuera del cuarto.

Se oyó después un portazo que estremeció la casa. Poli vio se asomó a la ventana y vio un par de antorchas alejándose en la noche.

-Acuesta a Motóla en el dedal y no te separes de él -dijo la gigante-. Yo voy a salir. No te muevas de casa, ocurra lo que ocurra, y si alguien golpea, no abras. Trataré de no tardar mucho.

-¿Dónde vas? -preguntó Polivio.

-Haz lo que te pido y no te preocupes de los demás -respondió la gigante.

Poco después salía en su caballo. Se oyó un galope en la oscuridad. Y Polivio se dirigió a acostar a Motóla como se lo habían ordenado.

—No me explico lo que sucede -dijo Polivio mientras desnudaba a Motóla para meterlo en el dedal.

-Hay muchas cosas que no te explicarás nunca -murmuró Motóla con desprecio-. Lo que sucede es muy sencillo: va a estallar la guerra.

-¿La guerra? Las gigantas no han peleado nunca.

-Tenlo por seguro que ésta será la primera vez.

Polivio se echó a reír y metió a Motóla en el dedal. Luego se tendió en la cama y casi enseguida comenzó a roncar. El dedal se mecía sobre la almohada como un corcho en las aguas marinas.

Motóla, mareado, resolvió dormir fuera. Resbaló suavemente y fue a sentarse a los pies de la cama. No tenía sueño ahora y prefirió meditar.

Lo que pensó durante un par de horas, hasta que los ojos se le cerraron, no es cosa conocida. Los enanos guardan sus secretos y es más cortés no averiguarlos.

## La guerra y la paz

Qué hora sería cuando despertó Motóla? Es difícil saberlo con toda exactitud. A Motóla, en realidad, poco le importaba que fuera medianoche o la una de la mañana. Lo que le interesaba de veras, sin duda posible, era que en torno suyo había una completa oscuridad, y que, a pesar de los sonoros ronquidos del gigante, otro ruido se apoderaba de las sombras y las remecía con una violencia indecible. Prestó oídos y advirtió que era un caballo que galopaba cada vez más cerca. Entonces recordó todo lo sucedido antes de dormirse y, de pie en la cama, aguardó sin moverse.

La giganta entró en la casa muy de prisa y corrió por diversos cuartos. La oyó ir y venir. Por último,

apareció en el umbral con una antorcha en la mano. La pieza se llenó de humo y de olor a resina. Motóla estornudó. Poli vio continuaba roncando.

Al resplandor de la antorcha, Motóla se dio cuenta de que la gigante venía armada hasta los dientes. Su arco y sus flechas se unían a unas hondas que le colgaban de la cintura, lo mismo que dos o tres inmensos cuchillos y un hacha filuda, un garrote y un espada. Felizmente, era ancha su cintura y todas esas cosas cabían sin estorbarse.

La gigante avanzó precipitadamente y tomando de un hombro al gigante le sacudió con vehemencia. Polivio abrió los ojos y gruñó.

-¡Despídete, mi amor tan querido! -murmuró la gigante con voz trémula-. El deber me llama. Tengo que partir.

-¡Acuéstate! -exclamó el gigante-. Tengo mucho sueño y hablaremos mañana.

-No hay tiempo -dijo la gigante, suspirando-. Ha estallado la guerra.

Polivio se sentó en la cama y uno de sus pies estuvo a punto de lanzar al suelo al enano. La gi-

giganta le besó varias veces, repitiéndole que había estallado la guerra. Después buscó a Motóla por la cama y, al encontrarlo, le alzó en el aire con un dedo y lo acercó a su boca. El enano creyó que iba a comérselo, como había oído decir en su infancia que hacían los gigantes en sus horas de mal humor. Sin embargo, lo que intentaba la giganta era besarlo. Y así lo hizo, de pies a cabeza del enano, con sus labios temblorosos.

-¡Nada temas, mi Motóla! -gimió, depositándole nuevamente en la cama-. Defenderé tu vida hasta morir. La guerra ha estallado y la ganaremos.

Enseguida salió apresuradamente del cuarto y no mucho después se escuchó el galope de su caballo en la oscuridad de afuera. Motóla sentía los ojos llorosos a causa del humo y le picaba la nariz. Polivio había vuelto a tenderse y roncaba".

"Si la guerra ha estallado -pensó Motóla-, no podemos quedarnos así, como si nada nos importara. Yo soy el causante y debo hacer algo".

Cruzó la cama con paso veloz y subió por una pierna de Polivio hasta llegar a su cara. Le tiró

fuertemente de los bigotes. El gigante alargó una mano y, sin despertar, le dio un papirote que le tumbó en la almohada, le hizo caer en las sombras y gemir. Sintió un dolor insoportable en las costillas. Pero no era posible desmayar al primer obstáculo. Se trataba de una guerra y convenía mostrarse heroico. Volvió a subir, pues, por la almohada y tomando un pelo de Polivio se lo arrancó violentamente, con toda la fuerza de sus dos brazos. Dueño del pelo, caminó hasta la nariz del gigante y con magnífica insistencia intentó hacerle cosquillas, mientras gritaba a todo pulmón:

-¡La guerra! ¡La guerra! ¡Levántate, Polivio!

El gigante tenía un sueño a prueba de enanos. Todos los esfuerzos de Motóla fracasaron lamentablemente, poniéndole cada uno en gravísimos peligros, pues el gigante solía lanzar terribles papirotes, como si se tratara de hacer trizas a un escarabajo. Por fin, por los vidrios comenzó a entrar la mañana. Tal vez era la hora en que Polivio despertaba siempre. El caso es que dejó de

roncar, estiró los brazos, disparó un bostezo y se sentó en la cama. Motóla, fatigado, lleno de angustia, adolorido, le gritó de nuevo:

-¡La guerra, Polivio, la guerra! ¡Hay que levantarse!

Polivio tardó en darse cuenta de lo que el enano le decía; pero súbitamente se levantó de un brinco y empezó a llamar a la gigante a grandes gritos. En vano Motóla le repitió mil veces que era inútil, que la gigante se había ido a la guerra; Polivio seguía gritando. Cuando se cansó, varias lágrimas cayeron de sus ojos soñolientos, se sentó en la cama y dijo en voz baja:

-Estamos perdidos. Garzula se ha ido a la guerra. Tendremos que salir a cazar mientras esté ausente. Ha llegado el mal tiempo para los gigantes.

Motóla recordó que siempre había sido elocuente entre los enanos y con grave paciencia se dedicó a pronunciar diversos discursos, para meter en el seso de Polivio lo que significaba una guerra y todo lo que convenía hacer para evitarla. El gigante le escuchaba cabizbajo. Por último asintió:

había que buscar a los demás gigantes y convencerles de que debían ir al encuentro de las gigantas para impedir que se exterminaran a hachazos y cuchilladas, si no decidían hacerlo con las hondas, los garrotes y los arcos.

Se vistieron Polivio y Motóla y salieron a la calle. Ya la mañana había avanzado bastante. El sol calentaba con fuerza. Los gigantes se paseaban silenciosos por las calles. Algunos comían pan negro y, mientras masticaban, parecían pensar. Polivio se informó, aconsejado por Motóla, del sitio a que habían acudido las gigantas a combatir hasta la muerte. Supo que todas se encontraban en la llanura y que la batalla empezaría en cualquier momento. Las fuerzas combatientes eran más o menos iguales. Las armas con que contaban también se parecían: eran las mismas armas que los gigantes emplearon en otros tiempos, cuando guerreaban por un sí o por un no. De manera, pues, que las probabilidades de triunfo eran muy semejantes para la giganta Garzula y para la giganta Roleda.

Motóla le pidió a Polivio que reuniera a todos los gigantes para hablarles. Se sentía el caudillo de la paz y no quería verse arrollado por la desidia de los gigantes que iban y venían lamentando lo ocurrido. En verdad, no fue fácil reunir a los

gigantes, porque algunos suspiraban sentados ante sus casas y no querían moverse.

Sin embargo, todos se reunieron por fin, sin que faltara uno solo. Y fue entonces cuando Motóla le fue dictando a Polivio un discurso muy largo, para que lo repitiera con su vozarrón y todos pudieran oírlo fácilmente.

El discurso de Motóla fue una pieza oratoria digna de recuerdo; pero la historia no lo ha conservado sino en parte, y gracias a estos fragmentos nos es posible reconstruir los principios fundamentales que lo apoyaron. Comenzó Motóla por demostrar que una guerra es siempre la peor de las calamidades. Si las gigantas se mataban las unas a las otras, los gigantes quedarían solos, y la soledad es tremenda. Si la guerra había comenzado porque el gigante Maclovio quería poseer un enano, lo mismo que Polivio, nada más fácil que dar gusto a todo el mundo sin necesidad de matanzas. Motóla poseía una idea y en su hora oportuna la daría a conocer. Lo que había que hacer ahora era ir sin tardanza al

encuentro de las gigantas e impedirles combatir. Como los gigantes no poseían armas, porque las gigantas se las habían llevado, se haría un desfile pacífico, de resultados más seguros. Que cada gigante tomara el instrumento musical que mejor tocaba y se fuera con él a la llanura. Todos eran aficionados a la música y del conjunto de diversos instrumentos y melodías saldría una música conmovedora, capaz de ablandar el corazón belicoso de las gigantas. Era imprescindible que marcharan todos unidos. Y no había tiempo que perder. La partida debía ser inmediata.

Los gigantes aplaudieron estrepitosamente a Motóla, a través de las palabras pronunciadas por Polivio. Y sin tardanza corrieron en busca de sus instrumentos para lanzarse en veloz galope a la llanura.

Motóla, en el bolsillo del gigante, se puso a la cabeza de la columna. Y en briosos caballos galoparon todos hacia el campo de batalla. Cuando divisaron las dos líneas de combatientes, la una hacia el este, la otra hacia el oeste, los gigantes

detuvieron el galope y, caminando al paso tranquilo de sus cabalgaduras, empezaron a tocar su música improvisada. Motóla, espantado, se metió en lo profundo del bolsillo, temeroso de morir con los tímpanos rotos.

Las gigantas vieron venir la procesión y temblaron. ¿Qué hacían los gigantes? ¿Por qué acudían al campo de batalla? ¿Buscaban la muerte?

Estos pensamientos conmovieron de tal modo a las gigantas que en ambos bandos se oyeron contenidos sollozos. De repente, en la línea del este, lo mismo que en la del oeste, aparecieron unas banderas blancas. Y como ésta era una señal para no atacarse, las gigantas galoparon en aturdidísimo tropel hacia los gigantes. Cesó la música y habló Polivio, transmitiendo con mucha fidelidad el nuevo discurso de Motóla. Se recuerdan sus palabras y aquí están, sin alteración alguna:

-Cruel e indigna es la guerra, hermanas. Si los gigantes hemos perdido nuestras principales virtudes y ahora somos débiles y sumisos, a la guerra se debe esta decadencia. Fuimos guerreros y, para que la vida pudiera continuar, las gigantas resolvieron arrebatarnos el poder. Transcurrieron años felices. Y he aquí que ahora son las gigantas las que van a la guerra, sin pensar que de aquí

partirá una decadencia peor que la de los gigantes. ¿Qué será de nosotros, si gigantes y gigantas decaemos? Nuestra civilización morirá como una hoja de otoño en el viento que se burla de ella. Debemos estar más unidos que nunca y olvidar nuestros rencores. El porvenir que tenemos por delante es superior a este momento de odios sin objeto. Porque -veámoslo bien-: ¿por qué ha estallado esta guerra entre hermanas? Por un enano. Siempre las guerras son así. Un Maclovio cualquiera las provoca y la causa es más bien pequeña. Enanos hay en todo el vasto mundo. Pero no han nacido para diversión de los gigantes. Mejor es llegar a un acuerdo con ellos y vivir todos en paz. Si el pueblo de los gigantes quiere tener enanos, acaso también el pueblo de los enanos quiera tener gigantes. ¿Y es necesario que todos muramos por esto? ¡No, hermanas! En adelante, gigantes y enanos son iguales, a pesar de sus diversas estaturas. Lo que hay que hacer es permitir que los enanos vengan a la ciudad de los gigantes y vivan en ella como en su casa. Lo

mismo se hará con los gigantes en tierra de los enanos. Las relaciones mutuas se establecerán por medio de embajadores. Y la paz reinará en ambos pueblos.

Las gigantas oían con profundo asombro. Garzula lloraba al oír a Polivio. Nunca creyó que fuera tan elocuente. Roleda lloraba también, mirando a Maclovio, que suspiraba cabizbajo.

Garzula se acercó a Polivio y le abrazó delante de todos diciéndole:

-Tus palabras me han llegado al fondo del corazón. No pensé nunca que supieras hablar tan bien. Desde hoy, todas las tardes pronunciarás un discurso delante de mí, cuando vuelva de la caza o de la pesca.

-El que ha hablado es Motóla -dijo el gigante-. Yo no he hecho sino repetir sus palabras.

Pero nadie se preocupó de este detalle tan pequeño y Polivio recibió en ambas mejillas el beso de todas las gigantas.

Conseguida la paz, el pueblo de los gigantes nombró a Garzula embajadora ante los enanos. La

giganta montó en su caballo, junto a Polivio, que jineteaba el suyo, llevando en un bolsillo a Motóla. Cuando partieron, gigantes y gigantas lanzaron al viento sus atronadores gritos. Y dos caballos galoparon por la llanura hacia el río que, al parecer del enano, traía tantas aguas como un océano.

Al aproximarse al río, Motóla pidió que pusieran al paso los caballos. Desde su observatorio le pareció advertir que algo ocurría en las márgenes del río. Y sospechó que se trataba de los enanos que fabricaban un puente.

Así era. Comandados por Tasla, los enanos construían un puente sin omitir sacrificios. Tan empeñados estaban en su tarea, que no retrocedieron al ver la aparición de los enormes jinetes. Polivio desmontó y puso a Motóla en el suelo. Los enanos le rodearon, no poco extrañados de verle vestir como un gigante. Y Motóla pronunció un tercer discurso memorable. Todo lo contó de principio a fin, con elocuencia. Los enanos le aplaudieron.

Tasla fue el primer embajador de los enanos ante las gigantas. Y la paz reinó en ambos pueblos. Ahora bien, de tanto ir los gigantes a la montaña de los enanos, y de tanto cruzar el río los enanos para llegar a la ciudad de los gigantes, con el tiempo principió a advertirse algo muy curioso: los gigantes comenzaron a achicarse, mientras los enanos fueron creciendo, creciendo sin tomar en cuenta la altura de sus gorros con borla.

Y a esto se debe, seguramente, que desaparecidos enanos y gigantes, todos seamos ahora, más o menos, del mismo tamaño.

## HERNÁN DEL SOLAR

Hernán del Solar nació en Santiago el 19 de septiembre de 1901. Sus padres fueron Alberto del Solar Valdivieso y Josefina Aspillaga Achurra.

Su vocación literaria se manifestó tempranamente durante su vida escolar, que transcurre íntegramente en el colegio San Juan Bautista de Lasalle. A los 18 años publica su primer libro: su único libro de poemas: *Senderos*. Recién cumplidos los 19 se incorpora a la redacción de la revista *Zig-Zag*, en la que aparecen sus primeros cuentos.

Junto a narradores y poetas de la época, en 1928 funda la revista *Letras*. El grupo integrado por Salvador Reyes, Luis Enrique Délano, Ángel

Cruchaga Santa María y Manuel Eduardo Hübner, comienza a ser conocido como "imaginista".

Entre 1932 y 1934 se desempeña como asesor literario de la Editorial Zig-Zag, cargo que desde el año siguiente sirve en la Editorial Ercilla. En ambas casas editoras cumple una importante labor de traducción de grandes autores europeos, facilitando su conocimiento y difusión en Chile. Al mismo tiempo inicia su labor de crítico literario, que continuará durante prácticamente toda su vida en distintos diarios y semanarios, principalmente en *La Nación*, *El Debate* y *El Mercurio*.

En 1935 contrae matrimonio con Elena Petit Marfán, con quien tendrá un hijo —Emilio—, actualmente un gran matemático que reside en París.

En 1946 funda la Editorial Rapa Nui, destinada a publicar exclusivamente libros para niños. En sus cuidadas ediciones entregó a varias generaciones títulos como *El choroy de oro*, de Mariano Latorre; *Cocorí*, de Joaquín Gutiérrez; *Guauguau*

y sus amigos, de Luis Durand, *Papelucho*, de Marcela Paz., y los muchos de su propia autoría.

Estos últimos nacieron gracias a que los libros que encargaba escribir para Rapa Nui no se los entregaban a tiempo, por lo que el propio Hernán del Solar tuvo que escribirlos para mantener el ritmo de publicaciones que se había propuesto. Con el fin de que su nombre no se repitiera demasiado, iba inventándose seudónimos: Bat Palmer, Ricardo Chevalier, Juan Cameron y muchos otros. Pese a la rapidez con que debió crear alguno de estos libros, la mayoría de ellos están entre los más entretenidos y bien escritos de la literatura infantil chilena: *Las aventuras de Totoro*, *La Po-rotta*, *Mac*, *el microbio desconocido*, *Kid Pantera*, *Cuando el viento desapareció*, *El crimen de la calle Bambi*, *Memorias de una sirena* y no menos de una docena de otros títulos... Todos ellos son, por su estructura, novelas breves o *nouvelles*.

Pero Del Solar no sólo fue autor de estas *nouvelles* infantiles y juveniles, ya que en 1942 publicó su primera colección de cuentos para

adultos: *Viento verde*, y en 1952, la segunda: *La noche de enfrente*. Este último contiene algunos de los mejores cuentos escritos en Chile, como su muy antologado "Rododendro".

Más tarde publicaría otras obras: *Los hombres y las cosas, pensamientos; Breve estudio y antología de los premios Nacionales de Literatura*, 1965, y *Premios Nacionales de Literatura*, 1965.

En 1952 había sido designado profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

El 4 de noviembre de 1968 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, y el año siguiente fue elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua.

Hernán del Solar murió en Santiago el 22 de febrero de 1985.